

UNA SOLA MUERTE NUMEROSA

Nora Strejlevich

S

SITARA

FRAGUA DE KULUB

Primera edición en Sitara: febrero 2018

© Nora Strejilevich

© Prólogo: Edurne Portela

© Editorial Sitara, 2018

Valle de Pinares Llanos, 34. 28035 Madrid

editorialsitara.com

Diseño de colección y coordinación editorial: Antonio Lafarga

Directora editorial: María Agra

Maquetación y corrección: Aurora Belver

Diseño de cubierta: Jinetes del Hipo

Fotografía de solapa: Mari Correa

ISBN: 978-84-17035-16-7

Depósito Legal: M-4251-2018

IBIC: BT

Impreso en España

**PREMIO NACIONAL LETRAS DE ORO
PARA LA NOVELA HISPÁNICA, EE. UU., 1996**

PRÓLOGO
EDURNE PORTELA

Nora Strejilevich comienza su obra con unas palabras de su compatriota argentino Tomás Eloy Martínez: «Desde 1975, todo mi país se transfiguró en una sola muerte numerosa que al principio parecía intolerable y que luego fue aceptada con indiferencia y hasta olvido». *Una sola muerte numerosa* es la crónica de esa transfiguración, un relato fragmentado que narra la experiencia y su recuerdo, la herida y su cicatriz. Es un libro sobre el dolor inmediato —de la tortura, del secuestro, de la reclusión— y sobre el dolor prolongado —de la desaparición y muerte de seres queridos, del exilio, del olvido y la impunidad—. Así, la obra remite tanto a la experiencia individual de la autora y sus múltiples

maneras de revivirla y narrarla como a la experiencia colectiva de muchos que no sobrevivieron o que, si lo hicieron, no tuvieron las herramientas para contarlo. Es literatura de duelo y supervivencia que tiene como motor el mandato de Primo Levi: testimoniar, contar la experiencia de aquellos que nunca podrán hacerlo, convertir la vivencia del horror en palabra. *Una sola muerte numerosa* no es, sin embargo, un testimonio al uso. El tratamiento lírico de la experiencia, la originalidad de su construcción polifónica, el uso de la ironía para enfrentarse al recuerdo y desvelarlo y la perspectiva memorística —Strejilevich recorre más de veinte años de historia— dotan a este texto de gran belleza formal y de una trama que supera la inmediatez del relato traumático. Su lectura nos descubre una historia dolorosa, pero también el regalo del que sólo es capaz la buena literatura: desvelarnos la multiplicidad de matices que encierra toda experiencia, también la más extrema.

A finales de noviembre de 2017 la historia en la que se inscribe esta obra apareció en las primeras páginas de los periódicos españoles. Después de cinco años de investigación y audiencias, un tribunal federal de Buenos Aires leyó el veredicto del mayor juicio por crímenes de lesa humanidad celebrado en Argentina hasta el momento. Fueron juzgadas cincuenta y cuatro

personas que participaron en las operaciones de uno de los más grandes centros clandestinos de detención que funcionaron durante la dictadura entre 1976 y 1983: la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA), desde donde se practicaron los llamados «vuelos de la muerte». Por primera vez se condenó a responsables de esta metodología de exterminio por la cual se asesinó a más de cuatro mil personas. Entre los represores que recibieron su segunda cadena perpetua se encuentran Jorge Eduardo «el Tigre» Acosta y Alfredo Astiz «el Ángel de la muerte», principales responsables del «Grupo de Tareas» de la ESMA. España, que en sus propias políticas de memoria y en la persecución de los crímenes franquistas tiene poco de lo que enorgullecerse, ha jugado un papel importante en los juicios de lesa humanidad contra varios represores argentinos encausados en este juicio.

En 1997, durante el periodo en el que en Argentina se otorgaban indultos a los generales que fueron condenados y en el que estaban vigentes las leyes de Punto Final y Obediencia Debida que impedían la persecución de los represores, el juez Baltasar Garzón aplicó la figura de jurisdicción universal en crímenes de lesa humanidad. Esto le permitió detener y juzgar al capitán Adolfo Scilingo, quien había reconocido públicamente su participación en los vuelos de la muerte y sigue

cumpliendo condena en España. También procesó a Ricardo Miguel Cavallo, otro de los imputados en el juicio a la ESMA, que cumple hoy cadena perpetua en su país. En Argentina, particularmente desde que en 2003 se derogaran las dos leyes mencionadas, se persigue y condena, después de cuarenta años, a los responsables de los crímenes cometidos en la dictadura. En España no nos vendría mal tomar nota de sus políticas de memoria y ver cómo, desde la reivindicación de la memoria, del derecho a saber cómo y quiénes cometieron los crímenes, y desde la exigencia de justicia, se puede construir un presente habitable para las víctimas y sus descendientes.

Una sola muerte numerosa ha contribuido, y lo sigue haciendo, a crear ese presente habitable. La obra arranca en el momento en el que Nora Strejilevich se convierte en víctima de la maquinaria represora que, usando el léxico siniestro de los torturadores, «se chupó» a miles de jóvenes argentinos. El 24 de marzo de 1976 los militares Jorge Rafael Videla, Emilio Massera y Orlando R. Agosti dieron un golpe de estado que era, según sus líderes, la única solución al caos político y económico en el que estaba el país, la única manera de atajar las acciones subversivas de los dos principales grupos guerrilleros entonces operativos: los Montoneros y el ERP (Ejército Revolucionario

del Pueblo). Era la primera vez en la historia argentina que las tres ramas del ejército se unían con un plan gubernamental que no se limitaba a controlar el caos. El «Proceso de Reorganización Nacional», tal y como pomposamente lo denominó la Junta, tenía como objetivo reestructurar el Estado por completo, desde la economía y las relaciones laborales a la justicia, la política y la educación. Con ese fin prohibieron todos los partidos políticos, cerraron el Parlamento, adaptaron el poder judicial a sus fines, cancelaron la libertad de expresión y censuraron todos los medios de comunicación, eliminaron a todos los disidentes de posiciones de poder y los reemplazaron con colaboradores afines al régimen. Según los comunicados de la Junta, el Proceso tenía como principal objetivo restaurar «la civilización occidental y cristiana», y eliminar la subversión de Argentina. El término «subversivo» no sólo se refería a los guerrilleros. Según unas declaraciones de Videla para el periódico *La Prensa*, «el terrorista no sólo es considerado tal por matar con un arma o colocar una bomba, sino también por activar a través de ideas contrarias a nuestra civilización a otras personas». La defensa de la civilización «cristiana y occidental» se ejecutó a través del secuestro, tortura e internamiento de sospechosos subversivos, según la amplia definición de Videla, en centros clandestinos de

detención (CCD), de los cuales pocos salían con vida. También a través del exilio forzado, que para algunos se convirtió en la forma de anticiparse a la detención o, tras la liberación, sobrevivir a un nuevo secuestro. Después del golpe de estado, el ejército implementó de forma racionalizada y centralizada el funcionamiento de los CCD y la desaparición forzosa de personas. La metodología para la desaparición de prisioneros era variada —quemados, ejecutados en «combate», enterrados en fosas comunes—, pero una de las más eficaces y perversas fue, precisamente, la de los «vuelos de la muerte». Entre aquellos que fueron desaparecidos por este siniestro método estaba Gerardo Strejilevich, hermano de Nora, y Graciela Barroca, su novia. El número total de desaparecidos ha sido siempre un campo de batalla: los defensores del «Proceso» hablan de unos «pocos miles», como si esta barbarie hubiera sido un mal menor, mientras que las organizaciones de derechos humanos siempre han defendido la cifra de 30.000. Que no se pueda concretar el número de personas que fueron masacrada en este plan, orquestado y ejecutado por el Estado para crear un país a la medida de sus intereses, da buena cuenta de la magnitud de la tragedia. También se debe recordar que el exilio fue otra forma de eliminar del conjunto social a todos aquellos que el régimen consideraba subversivos.

Aproximadamente dos millones y medio de argentinos se fueron del país entre 1975 y 1983. Entre estos exiliados estaban aquellos que temían ser detenidos y aquellos que sobrevivieron a la represión y fueron forzados a irse después de ser liberados. Este fue el caso de Nora Strejilevich.

Nora Strejilevich fue secuestrada en 1977 y estuvo detenida en el CCD conocido como «Club Atlético» al mismo tiempo que su hermano Gerardo y su novia, y sus dos primos Abel y Hugo, todos ellos todavía hoy desaparecidos. El Club Atlético fue un CCD en Buenos Aires que funcionó desde mediados de 1976 a diciembre de 1977. Strejilevich apenas pasó detenida unos días en el Club Atlético, pero esos días marcarían su vida para siempre. Después de ser liberada, se exilió y vagó por numerosos países (Israel, España, Italia, Brasil, Inglaterra y Canadá), hasta afincarse en San Diego (Estados Unidos). Durante esos años, la autora volvió a Argentina en varias ocasiones, entre ellas en 1984 para testificar frente a la CONADEP. Y ha seguido volviendo después, cuando la condición de exiliada política ha desaparecido de los registros oficiales. Sin embargo, el exilio no es algo temporal, sino que se acaba constituyendo como parte de la identidad de quien lo sufre. El exilio, en lugar de un paréntesis del

que se puede volver, es la prolongación de un trauma que comienza con la violencia que impulsa al desarraigo —en el caso de Strejilevich su detención-desaparición— y continúa de por vida.

El secuestro, la tortura, el exilio, la historia familiar, la búsqueda de Gerardo, la solidaridad con otras víctimas, recordar, testificar, sobrevivir. Todo ello se traduce en los fragmentos narrativos que Strejilevich enlaza magistralmente a través de las páginas de este libro. La cronología salta de un evento a otro impulsada por el difícil ejercicio de memoria y por la conversación constante que sostiene la narradora con sus seres queridos, entrelazada con testimonios de otros que van formando un coro que irrumpe en la trama. Si Primo Levi apelaba al testigo para que hablara por delegación de los muertos, Strejilevich no sólo cumple este precepto sino que encarna su voz —del hermano, del padre, de la madre, todos muertos en el momento de la escritura— para así mantener viva su memoria.

Frente al monólogo armado que quiso borrar de la vida y la memoria a toda una generación, Strejilevich opone su voz y la de los desaparecidos. Frente al nuevo léxico inventado por la dictadura, la autora propone la palabra y la memoria. Su cuerpo y su memoria constituyen el

espacio en el que anclarse y desde el que reivindicar la justicia: «nada de cerrar las heridas con ceremonias. A mí que me queden bien abiertas». Porque la herida no se puede cerrar sin justicia ni reparación.

En este libro palpita una herida de cuarenta años. Con una belleza literaria extraordinaria, *Una sola muerte numerosa* nos pone en contacto con esos lugares de la experiencia humana más difíciles de entender y procesar: el dolor extremo, el deseo de aniquilación del otro, la incompreensión ante eso que llamamos maldad absoluta, la indiferencia ante el sufrimiento, la pérdida traumática de seres queridos, el desarraigo. Y sin embargo, de la mano de Strejilevich también entramos en el territorio de la ternura, del amor, de la ironía e incluso del humor, de la solidaridad, de la resistencia y la supervivencia. El ejercicio de memoria se convierte en reconquista del propio cuerpo, en reivindicación de los desaparecidos con y sin nombre. La escritura transforma la experiencia inenarrable en conocimiento del pasado individual y colectivo. *Una sola muerte numerosa* apela a la empatía del lector, haciendo imposible permanecer indiferente ante su fuerza narrativa.

Desde 1975, todo mi país se transfiguró
en una sola muerte numerosa
que al principio parecía intolerable
y que luego fue aceptada con indiferencia y hasta
olvido.

Tomás Eloy Martínez. *Lugar común la muerte*

*Cuando me robaron el nombre
fui una fui cien fui miles
y no fui nadie.*

*NN era mi rostro despojado
de gesto de mirada de vocal.*

*Caminó mi desnudez numerada
en fila sin ojos sin yo
con ellos sola
desangrado mi alfabeto
por cadenas guturales
por gemidos ciudadanos de un país
sin iniciales.*

*Párpado y tabique
mi horizonte
todo silencio y eco
todo reja todo noche
todo pared sin espejo
donde copiar una arruga
una mueca un quizás.*

Todo punto y aparte.

**No vamos a tolerar que la muerte
ande suelta en la Argentina**

Almirante Emilio Massera, 1976

Una magia perversa hace girar la llave de casa. Entran las pisadas. Tres pares de pies practican su dislocado zapateo sobre el suelo la ropa los libros un brazo una cadera un tobillo una mano. Mi cuerpo. Soy el trofeo de hoy. Cabeza vacía, ojos de vidrio. Los cazadores de juguete me pisan *pisa pisuela color de ciruela*.

El rito exorciza mis pecados en el templo del Ford Falcon sin chapas: templo verde con antena que acelera por Corrientes, a contramano, pasando semáforos en rojo sin que nadie parpadee. Lo de siempre.

Pero no todos los días ¿o todos los días? se rompen las leyes de gravedad. No todos los días una abre la puerta para que un ciclón desmantele cuatro habitaciones y destroce el pasado y arranque las manecillas

del reloj. No todos los días se quiebran los espejos y se deshilachan los disfraces. No todos los días una trata de escapar cuando el reloj se movió la puerta torció la ventana trabó y una gime acorralada por minutos que no corren. No todos los días una tropieza y cae manos atrás atrapada por una noche que remata su vida cotidiana. Una se marea por la vorágine de retazos, de ayeres y ahora aplastados por órdenes y decretos. Una se pierde entre sillas dadas vuelta cajones vacíos valijas abiertas colores cancelados mapas destrozados carreteras inacabadas. Una apenas siente que los ecos modulan ¡te querías escapar, puta! y que una boca inmensa la devora. Quizás murmuren voces conocidas: ni ella ni él están en nada. Pero una está aquí, del otro lado, en este cuerpo precario: suelas tatuadas en la piel bota en la espalda arma en la nuca.

¡De pie! y una se para sumisa confundida atontada vencida y grita *¡me llevan, me llevan!* mientras dedos metálicos se clavan en la carne. Dos de la tarde impune la tiran a una al ascensor la arrastran. En la vereda una patatea contra un destino sin nombre en cualquier fosa colectiva. El espacio se deshace entre los pies.

Lanzo mi nombre con pulmones con estómago con el último nervio con piernas con brazos con furia. Mi nombre se agita salvaje a punto de ser vencido. Los domadores me ordenan saltar del trampolín al vacío.

Me empujan. Aterrizo en el piso de un auto. Lluvia de golpes: este por gritar en judío este por patearnos. Y otro más.

Judía de mierda, vamos a hacer jabón con vos. Soy un juguete para romper. *Pisa pisuela, color de ciruela.*

**Acordate que yo maté tres o cuatro personas
con mis propias manos.**

Almirante Emilio Massera, 1976

*A la lata al latero a la chica del chocolatero / a la A / a la A /
Mariquita no sabe hablar / a la E / a la E / Mariquita no sabe
leer...*

Coros a muchas voces sobre fondo manchado de colores brillantes. Verde, la ligustrina que separa mi casa de la vecina; blanco, las lajas del jardín por las que *ruedan que ruedan las ruedas de mi ferrocarril*; rojo, las baldosas del patio que se balancean cuando me hamaco; marrón, el piso que se desparrama por los dormitorios. En la cocina una mancha plateada, la caldera; en el baño una transparencia, el espejo de mis muecas; en el cuarto de mis padres la cortina de voile, mi vestido de fiesta; en nuestro dormitorio la lámpara, redonda como *El globo rojo* que mostraron en la escuela. El globo lo sigue al pibe toda la película, pero el mío no sabe volar y me espera en

el techo. Es obediente y muy lindo, con una planta verde y una mariposa posada en el medio. Siempre me quedo dormida contando las hojitas de mi lado. Mi hermano tiene menos porque no las cuida. Hoy nos juntaron las camas y el globo se ve más redondo. Papá y mamá salieron y nos pusieron un colchón al lado del otro: parece grande como el de ellos. Nos dejan ver la tele hasta tarde si y solo si nos portamos bien.

Gerardo eligió un programa a su antojo. Como soy más chica siempre se sale con la suya. Mira una pelea: masas de músculos se dan trompadas, se destrozan a golpes. Me da miedo y él aprovecha para divertirse a mi costa. Se planta delante de mí y hace muecas: con una mano se estira la mejilla, con la otra se empina la nariz, saca la lengua y me ataca. Si me escondo bajo las sábanas, apaga la luz y salta para tragarme. Si trato de escapar, me cierra la salida. Le grito, le pego, lo empujo, hasta que logro zafarme y corro hacia la puerta de calle. Corro hacia más allá, hacia cualquier parte.

La oscuridad de los potreros no me asusta. Llego hasta el cementerio sin que me alcancen los fantasmas. Cruzo y golpeo una puerta. Un par de brazos me alza. Ahora que recuerdo lo que acabo de hacer, me tiemblan las piernas. Los mayores me festejan y sonrío, segura, bien alto entre sus brazos. Revoloteo como la mariposa de mi globo, sin parar.

Te embromé, te requete embromé, a peten sen den. Te dejé solo y el que se va a morir de miedo sos vos. Te va a dar un ataque de asma.

Buenas noches / que descanses / gracias / igualmente / de nada / buenas noches. Nadie va a seguirte el versito porque me voy a dormir con ellos.

Gerardo molestando a la hermanita, Gerardito alzándola sobre los hombros, Nora resentida porque le tiró del pelo, Norita riéndose porque le hace cosquillas.

¡Shh! ¡Silencio que nos van a retar!

Perro y gato se persiguen por el jardín, se esconden en la terraza, se vuelven a pelear.

Corto mano / corto fierro / cuando te mueras / te vas al infierno.

Muchos años después, en 1977, la casa es otra. Negro, los barrotes del balcón, mi jardín mutilado; gris, las persianas entornadas, sombras de árboles imaginarios; marrón, el piso que se desparrama por el departamento; blanco, el marco de la puerta, nuestro último escenario.

Fijate por la ventana si me siguen, decís, sosteniendo las palabras del borde para quitarles peso.

¿Qué gano con mirar? En plena dictadura y vos jugando a las escondidas con el cuco.

Te enojás y te vas. Salgo a mirar si te siguen. No veo a nadie. Tampoco a vos te vuelvo a ver.